

el de la mendicidad y la limosna, inseparable del de la justicia y la misericordia. En apoyo de su tesis, Cros utiliza aquí un argumento de suma importancia: el testimonio del mismo Alemán, sacado de una de las dos epístolas publicadas en el apéndice. En ella el autor del *Guzmán* trata *in extenso* del problema de la "reducción y amparo de los pobres del reino" y afirma que escribió su libro movido por él. Respetando el orden de su investigación, que le había llevado a conclusiones confirmadas *a posteriori* por el documento autógrafo, Cros utiliza la epístola de Alemán con discreción ejemplar. Es cierto que es posible dudar, como se ha hecho (cf. v.gr. F. Rico, introd. a *La novela picaresca*, Barcelona, 1967, p. cxliv, nota 57), de la sinceridad de las declaraciones de Alemán, sobre todo teniendo en cuenta que el destinatario de la carta era, según toda probabilidad, el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, gran especialista de la cuestión. Cros rebate de antemano esta objeción al poner el acento menos en la letra que en el espíritu de las declaraciones y al destacar sobre todo la nueva imagen de un Alemán amigo de hombres como Alonso de Barros o Cristóbal Pérez de Herrera, que comparte las preocupaciones de un círculo de intelectuales más cercanos a las ideas que agitaban las ciudades del oeste de Alemania que a las consideradas como características de la España contrarreformista.

En una conclusión significativamente titulada *Invencción novelesca y elocuencia* (pp. 422-427), Cros sintetiza las directivas cardinales de su obra y añade varias observaciones importantes sobre el papel del *Guzmán* en el desarrollo de la novelística. Aun dentro de la tradición medieval, pero al mismo tiempo portador del germen de la novela moderna, el libro de Alemán es una obra en torno de la cual se tienden líneas muy complejas de afinidad o de oposición. Él vuelve a poner de moda el *Lazarillo*, contra él y prolongándolo se escriben obras que, con él, van a constituir un género. Contra el *Guzmán* reaccionará en gran parte Cervantes al crear un arte nuevo de novelar. Ya no se puede dejar de tener en cuenta la influencia que ha ejercido fuera de España, y especialmente en Francia en el siglo xviii, a través de traducciones muy difundidas. Por él y por su influencia, la retórica aparece así como una de las fuentes de la novela moderna.

Siguiéndola paso a paso, hemos intentado dar una idea bastante aproximativa de la gran coherencia que caracteriza esta obra crítica. Cohesión que no le impide ser un libro abierto, que sugiere numerosas perspectivas a futuros investigadores. Contra ciertas actitudes "fosilizadoras" el libro de Cros representa, pues, una sana reacción.

MONIQUE JOLY

Université de Caen.

JOHN J. ALLEN, *Don Quijote: hero or fool? A study in narrative technique*. University of Florida Press, Gainesville, Fla., 1969; 99 pp. (*Univ. of Florida monographs, Humanities*, 29).

En la introducción, explica el autor que lo que ha motivado su estudio es la multiplicidad de "juicios éticos" emitidos hasta hoy sobre el

personaje cervantino. Su propósito es “no simplemente sentar otro juicio, aún más complejo, sobre Don Quijote, sino más bien ver cómo han surgido tantos juicios, aparentemente conflictivos, y tratar de ver las diversas bases de estos juicios, como partes de una interpretación integral y coherente” (p. 6). Para lograr tan ambiciosa meta, trata de esclarecer los procedimientos de Cervantes que muestran su verdadera “perspectiva ética” en cuanto a su criatura novelesca. ¿Es Don Quijote un loco risible o un héroe admirable? ¿Es un personaje cuyo “vicio cómico”<sup>1</sup> es castigado con el ridículo, o un héroe de tragedia capaz de producir las emociones trágicas de compasión y terror?

Allen inicia su trabajo, amplia y honestamente documentado, con un capítulo intitulado “The «authors»”, en el que explora la confianza que nos merecen los varios “autores” del *Quijote*, esto es, las diversas fuentes —reales y novelescas— de la narración. Incluye aquí los “anales de la Mancha” y otros documentos vagamente aludidos al principio del libro; incluye también a Cide Hamete Benengeli, al morisco aljamiado que tradujo en casa de Cervantes el manuscrito árabe, y, desde luego, al propio Cervantes. Bajo los subtítulos de “La verdad”, “Toda la verdad” y “Nada más que la verdad” estudia las ambigüedades en que envuelven la figura de Don Quijote esos “autores”. Concluye que todos ellos “se funden en la mente del lector”: éste percibe la verdad y aceptabilidad del relato “como base para llegar a una perspectiva ética válida en cuanto a los personajes y los acontecimientos” (p. 27).

En los tres capítulos siguientes interroga Allen el contexto (“Contextual disclosure”), el estilo (“Stylistic disclosure”) y los diversos niveles de ficción (“Levels of fiction”), y trata de mostrar cómo su manejo *va induciendo al lector* a un juicio moral “evolutivo” acerca del protagonista.

Empieza, pues, por analizar el contexto de la primera parte del *Quijote* y lo reduce a un “patrón” (p. 38): derrota o humillación del caballero andante, precedida por alguno de sus muchos arranques megalomaniacos. En la segunda parte percibe lo que tantos críticos y lectores han visto: la humanización progresiva del personaje y su evolución hacia la aceptación de la realidad propia y ajena. Esto —dice Allen— nos da una nueva visión del hidalgo y logra, cada vez más, nuestra identificación con él.

En el capítulo dedicado al análisis estilístico elige los elementos que le parecen más significativos para la “orientación ética del lector”: lenguaje pseudoarcaico, diversas formas de antítesis, inadecuación de ciertos parlamentos que pretenden pasar por deslices inadvertidos y otros; todos ellos encaminados a la degradación cómica del protagonista. Hace notar que estos medios de rebajamiento por medio de la burla van haciéndose más raros a medida que avanza la acción, lo cual estimula aún más el juicio favorable del lector con respecto a Don Quijote.

El siguiente capítulo esboza los diversos niveles de ficción —tantos

<sup>1</sup> Hago la distinción bergsoniana entre “vicio cómico” y “vicio trágico”. Esta distinción —ligada a la concepción tradicional de comedia y tragedia, de tipo cómico y héroe trágico— está, a mi parecer, implícita en la monografía de Allen.

y tan complejos— que se hallan en la novela, y analiza el más importante de todos: el que, en los primeros capítulos de la segunda parte, nos hace ver el *Quijote* (I) dentro del *Quijote* (II). Según Allen, es éste un nuevo y decisivo recurso para que el lector se identifique con el protagonista, puesto que —gracias a la habilidad de Cervantes, y pese a la inquietante incertidumbre de que habla Américo Castro— comparte su engaño en cuanto a la difusión de doce mil ejemplares impresos de la primera parte de su historia (presupuesta la traducción del manuscrito de Cide Hamete) en un lapso no mayor de treinta días, contados a partir de su retorno a la aldea y a su casa en la jaula-carreta encantada.

El último capítulo —cuyo título repite el del libro: “¿Héroe o loco?”— es el más flojo y no lleva a ninguna conclusión coherente<sup>2</sup>. Recuerda Allen algo ya reiterado antes acerca del vicio o pecado de Don Quijote: pecado de orgullo que es justamente castigado con la burla. Establece así, tácitamente, que el hidalgo puede ser considerado personaje cómico. Luego, con precipitación, trata de hacernos ver que también es posible mirarlo como héroe trágico. Hace residir su grandeza en su fe inquebrantable y activa, en la cual ve “el primer ingrediente heroico en confrontación con la realidad” que se le opone. No necesita esforzarse mucho para establecer el hecho obvio de que Don Quijote produce *compasión*; en cambio, su breve y desleído argumento no logra convencernos de que pueda producir *terror*, a pesar de la comparación que hace entre ciertas citas de la novela cervantina y algunos trozos parafrásticos de Kierkegaard (pp. 87-89).

En resumen, esta monografía, interesante por su propósito y por múltiples observaciones y datos aislados, no cumple esa finalidad expresa del autor. Sus procedimientos son innecesariamente complicados, y resultan aún más densos a causa de algunas citas prescindibles y de digre-

<sup>2</sup> El mismo problema —la heroicidad o la locura de Don Quijote— fue tratado con acertada sencillez por J. H. BRODERICK y H. L. DREYFUS, “Curds and lions in *Don Quijote*: A study of chapter 17, book II”, *MLQ*, 8 (1957), 100-106, trabajo que se apoya en el análisis de la aventura de los leones, precedida por el incidente de los requesones que Sancho ha guardado en el “baciuelmo” de su amo. El estudio de Broderick y Dreyfus conduce, en línea recta, hacia una conclusión en la que respaldada un amor a la realidad novelesca muy semejante al amor cervantino por la realidad total, que los autores ponen de relieve: “Cervantes espera que el lector entienda cómo al enfrentarse a los leones es Don Quijote un héroe objetivo, cómo al restarle importancia a una prueba real de valor es un héroe hacia dentro [*an inward hero*], y cómo al confundir los requesones con sus propios sesos es un loco” (p. 105). Lo que Cervantes admira por encima de todo es la realidad. “Ni objetivista ni subjetivista, halla que si por un lado la discrepancia entre realidad y posibilidad puede caber en la comedia o en la tragedia, por otro lado esa discrepancia, en sí misma, se resuelve en una realidad más completa, una realidad que en su variada y a veces grotesca concreción de posibilidades es, ella misma, satisfactoria. Dentro de la realidad de *Don Quijote*, el *pathos* del fracaso del héroe como caballero no alcanza a la tragedia, porque su compromiso de ser un caballero andante es simplemente un error, como lo es el tomar los requesones por sesos; y aunque el error de creerse caballero no se rectifica tan rápida y fácilmente como la confusión sobre los requesones, sigue siendo un error que la realidad, en su benigna intransigencia, irá corrigiendo gradualmente” (p. 106).

siones tales como la comparación ocasional de Don Quijote con un personaje de *En attendant Godot* (pp. 85 y 86).

TERESA AVELEYRA

El Colegio de México.

*El sueño y su representación en el barroco español*. Estudios reunidos y presentados por DINKO CVITANOVIC. Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1969; 188 pp. (*Cuadernos del Sur*).

El primero y más largo de los estudios, "Hipótesis sobre la significación del sueño en Quevedo, Calderón y Shakespeare" (pp. 9-89), está firmado por Dinko Cvitanovic. El resto del volumen (pp. 90-188) contiene ocho trabajos escritos por "colegas que desempeñan funciones en la investigación y en la docencia humanística": tres se refieren a Quevedo, tres a Calderón, uno a Calderón y Shakespeare y el último a Lope de Vega. Estos trabajos, dice Cvitanovic en una breve presentación, se inspiran "en el espíritu de síntesis que caracteriza la labor del Instituto de Humanidades", el cual, "proyectado como centro de actividades interdisciplinarias, suscita una comprensión de las humanidades modernas a partir de sus fundamentos clásicos, en indagación que relaciona las diversas ramas del saber humanístico, recreando y enriqueciendo las diversas áreas o campos de trabajo con un enfoque totalizador". Se trata, en otras palabras, de relacionar a Quevedo, Calderón, Shakespeare y Lope de Vega con el conjunto de la cultura occidental. Por desgracia, tan loable propósito no corre parejas con su realización. Y esto se aplica lo mismo a Cvitanovic que a sus "colegas", los cuales, como se verá adelante, siguen tan de cerca el estilo del primero que pueden llamarse más bien sus discípulos.

Cvitanovic no ofrece realmente ninguna "hipótesis sobre la significación del sueño" en los tres autores que estudia. Lo que más se le parece es la observación de que en ellos existe "una posible imagen común hecha de alusiones, ideas y motivaciones que conciernen a una forma de ver el mundo en la óptica de los contextos" (p. 10), frase sonora pero algo vacía de contenido. En ningún lugar menciona siquiera el distinto sentido del "sueño" en Calderón y en los *Sueños* de Quevedo (ni él ni ninguno de sus colegas citan nunca la poesía lírica de don Francisco). Lo que hace en su largo artículo es una especie de glosa continua de los *Sueños*, *La vida es sueño* (drama y auto) y *El gran teatro del mundo*, salpicada de alusiones variadísimas a Platón, Berceo, Petrarca, *La Celestina*, Rabelais, Leonardo da Vinci, la Biblia, el Arcipreste de Hita, Erasmo, Dante, François Villon, Giotto, Virgilio, Cervantes, etc. No parece conocer un solo estudio sobre Calderón, y en cuanto a Quevedo, el único que menciona un par de veces es el de Amédée Mas, *La caricature de la femme...* Abundan, en cambio, citas de Lynn Thorndike, Wolfgang Kayser, Franz Cumont, Arnold Hauser, Hans Sedlmayer, Émile Mâle y otros estudiosos de la cultura occidental.